

Acerca de Los llanos

Jorge N. Reitter

Voy a extrañar este libro. Transitamos juntos por caminos de tierra y de memoria. Lo compré por el título y por la foto de la portada. Si bien *llanos* resuena con *llenos*, es la foto de un vacío. Una pileta en medio de la nada. Podría haber tomado una foto así. “Aquí no hay lugar para posar los ojos. Cualquier eucalipto, cualquier poste de luz se agradece porque ayuda a fijar la vista”¹. La pileta, que en su horizontalidad se mimetiza a la llanura, no termina de atrapar la mirada, que se pierde más allá. “El mundo es tan amplio que pareciera que no hay nada que ver: solo cielo, solo potrero, siempre iguales a sí mismos”.

Hacia el fin de la novela, escribe Falco:

El tiempo pasa fácil en las películas, en las novelas. Solo se cuentan las acciones importantes, aquellas que hacen avanzar la trama. El resto – las dudas, el aburrimiento, los largos días donde nada cambia, la tristeza estancada – desaparece a golpe de elipsis, de cortes netos, resúmenes rápidos.

Es, en negativo, el plan de la novela, escribir la tristeza estancada, los días largos donde nada cambia, o cambia tan lentamente que no se percibe. Y, al mismo tiempo, es la escritura de una metamorfosis radical.

Es una novela jalonada por los meses y las estaciones. De enero a septiembre, del verano a la primavera. “En la ciudad se pierde la noción de las horas del día, del paso del tiempo. En el campo es imposible”. Son las palabras con las que abre el relato. Las primeras páginas me agobiaron. La soledad, el paisaje, la sequía, la huerta, el calor que no da respiro, el silencio. Tareas que muchas veces fracasan. Luego entendí que de eso se trata, sentir el agobio y la angustia del narrador.

En la página 31 del libro nos enteramos de que Fede, el narrador, se separó de Ciro. O, para ponerlo en sus propios términos, que Ciro los separó. Entonces se le desarmó la vida. Entendemos que, aunque pocas veces se lo nombre, todo gira en torno de Ciro y de su ausencia. Es una historia casi sin historia, un relato motorizado por la perplejidad, el desconcierto y la soledad del narrador a partir del momento en el que Ciro le pidió que ya se fuera de la casa. Es la historia de las ruinas de un amor.

¹ Todas las citas de *Los llanos**, de Federico Falco, provienen de la edición de Editorial Anagrama, 2020. No se indican números de página, ya que el texto se aborda aquí como un continuo literario, más que como objeto de estudio filológico.

Ciro los separa y Fede ya no sabe si es escritor. “Antes era escritor”. Decide alquilar una casa en las afueras de Zapiola, un pueblo muy pequeño de la provincia de Buenos Aires, y hacer una huerta. “Acá nunca nadie escuchó siquiera mencionar la palabra Ciro. ¿Por qué creía yo que yéndome la luz no iba a herir mis pupilas?” Solo en el campo, o más bien acosado por sus fantasmas, Fede habita un mundo sonoro: el campo nos entra por el oído. Abundan los ruidos, pero casi no hay voces. Las pocas palabras que se pronuncian son triviales, comentarios sobre el clima, consejos del vecino para mejorar la huerta, breves diálogos con el almacenero. No llega la señal del celular. Las palabras significativas no se pronuncian, resuenan en la memoria. Tampoco se escucha música, sólo el sonido de pájaros, de insectos, del viento. Ruidos consubstanciales a la extrema soledad del narrador, partitura del desamparo.

Zapiola es volver al paisaje que, “para poder ser, había dejado atrás, abandonado, perdido”. La llanura es el horizonte de su infancia, los fines de semana en el campo de sus abuelos en Cabrera, provincia de Córdoba. Como tantos niños raros, Fede en un momento, que imaginamos en la pubertad, siente que ya no encaja. Entonces “leía porque leer era orden, armonía, la promesa de un tercer acto donde todo encajara, donde todo tuviera sentido”. La promesa de que habría un mundo, lejano, donde él encajaría. Un mundo que Fede imaginaba elegante, perfecto. “Estaba convencido de que había otro tipo de vida esperándome en algún lugar”. Sabía que no podía desperdiciar su vida en Cabrera. La lectura y el estudio devienen plan de fuga e ilusión de dominio, conjuro mágico para que todo tenga sentido, para finalmente encontrar un lugar que no lo expulse, un lugar al que quiera volver. “Era solo la necesidad de tenerlo todo bajo control: el caos, el sinsentido, el miedo”. La lectura deviene, también, trampa, señuelo, ilusión de que la trama perfecta lo podría rescatar del miedo y de la muerte.

“O lo sabía, o una tarde lo supe, de pronto una sospecha: ¿y si me gustan los chicos? ¿Y si yo era uno de esos?” “Ni siquiera admitírmelo a mí mismo o me pondría en riesgo de muerte”. La muerte por la que tiene pasar en esta segunda llanura para dar nacimiento al narrador de *Los llanos*.

Una vez intenté contárselo a mamá.

No, dijo ella.

Se le había oscurecido la cara.

No, dijo y nunca supe muy bien qué significaba esa negativa.

No es cierto.

No te lo permito.

No lo creo.

No lo quiero saber.

No lo digas.

No puedo.

Después ya nunca se habló de eso. Si yo sacaba el tema, era como si esa parte no se escuchara. Silencio. Hablar de otra cosa, cambiar de conversación.

Fede no preguntó. Tal vez sintió que no habría respuesta, que interrogar sería inútil. “Hacé lo que quieras”, dijo el padre, “pero ni se te ocurra caer con un tipo al pueblo, ni se te ocurra andar contando por ahí”. A veces uno cree que decidió escapar y no puede ver que ya antes había sido expulsado². Fede vuelve a la llanura para hacerse un lugar, en Zapiola y a través de nosotros, sus lectores, allí donde fue expulsado a fuerza de silencio.

“Hasta el momento en que, muchos años después, conocí a Ciro, esa sensación estuvo siempre conmigo. No encajar. No tener un lugar”. “Encontrar a Ciro fue encontrar con quien hablar, con quien dejar de hacer silencio”³. Los refugios a los que uno llega en su huida corren muy fácilmente el riesgo de devenir coartada. Ciro se lo dice en la charla en el bar: “el refugio se convirtió

² Algo que, sin ser idéntico, remite a la idea de Winnicott acerca del miedo al derrumbe: “Sostengo que el miedo clínico al derrumbe es el miedo al derrumbe ya experimentado”. (Winnicott, 1991, 115)

³ Aunque ni *clóset* ni la salida del *clóset* son temas explícitamente desarrollados en la novela, diría que el modo en que transcurre el duelo de Fede y la separación de la pareja están *silenciosamente* —¡no es cualquier adverbio tratándose del *clóset*!— regidos por los efectos de esta *epistemología del clóset* (Kosofsky Sedgwick, 1998). Aunque la heteronorma y el dispositivo del *clóset* exceden los límites de la institución familiar, esta funciona como su transmisora privilegiada, apoyándose en la carga afectiva de los vínculos. Tanto como analista como en mi vida privada, fui testigo, en numerosas oportunidades, del perjuicio que la conjunción del dispositivo del *clóset* y la institución familia supuso para parejas gays o lesbianas. Esa presión convergente suele provocar conflictos en tales parejas, que a menudo derivan en disputas y, eventualmente, en la separación. Fede, el protagonista de *Los llanos*, sólo logra romper con el mandato de silencio cuando conoce a Ciro. Aparentemente la imposición de silencio de la madre y del padre (y podemos suponer que, mediada por ellos, toda la presión de Cabrera — no olvidemos que el pánico de ser “uno de esos” es muy anterior a la “conversación” con cada uno de los padres) impidió que Fede encontrara modos de socialización en el colectivo gay antes de conocer a Ciro, al menos nada de eso se menciona. Otra hubiera sido la historia si Fede hubiese podido apoyarse en pares y en una familia. Pero tal como se dan las cosas, aunque la novela no lo diga explícitamente (y en eso está parte de su magia) parece ser que Fede quiere hacer de Ciro su *único* interlocutor. Recordemos el pedido del padre, que aparentemente Fede respeta: “ni se te ocurra caer con un tipo al pueblo”. Fede no puede integrar a Ciro en la dinámica de su familia, como sí hace Ciro. Pienso el lugar que ocupa Ciro para Fede con la lógica freudiana del síntoma: el vínculo es la formación de compromiso entre permanecer y salir del *clóset*. Salir del *clóset* con *uno*, que entonces ocupa el lugar de todo. Demasiado para Ciro, demasiado para cualquiera, era previsible que una demanda así, sustentada en la evitación de un acto, cargara a la pareja con un peso que terminaría por romperla. Lo que Fede cuenta de su vida con Ciro gira en torno a ellos dos, casi no hay alusiones a amigos o terceros.

En la conversación terminal que tiene lugar en el bar, Ciro dice: “algo tenía que romperse, estábamos estancados, necesitaba estallar”. También le dice: “yo no puedo ser tu familia, vos ya tenés una familia”. Ultimátum que yo parafrasearía de este modo: no podés usarme para ahorrarte la confrontación con tu familia y con Cabrera; así la casa devino jaula. La lógica del *clóset* y el modo en que Fede la asume, apenas insinuados en la novela, rigen sin embargo la ruptura y el devenir del duelo. Silencio deriva en soledad: Fede no cuenta con otros para rearmar su mundo sin Ciro. Propongo esta lectura enteramente conjetural: *Los llanos* no narra una salida del *clóset*, es esa salida.

en jaula”. “Vos sostenías tanto nuestra relación que no encontraba manera”. “Yo no puedo ser tu familia, vos ya tenés una familia”.

El duelo por *Ciro* arrastra otro, más profundo, más radical. “Me atraían esas tramas tan bien urdidas, que el punto final siempre se convirtiera en el alivio de todos los pesares, la constatación de que todas las pruebas, todos los conflictos habían valido la pena”. *Happy end*. Pero un día *Ciro* los separó, algo se rompió y ahora el narrador ni entiende nada ni puede escribir. “¿Cómo escribir entre los escombros, entre el barro y los charcos, juntando, acá y allá, los restos mojados de lo que había sido un día a día, de lo que había sido una casa? ¿Cómo escribir una historia entre los escombros de una historia?” ¿No se trata también de eso en un análisis? Escribir con retazos, con restos incoherentes, piezas sueltas.

A veces siento que nunca voy a entender qué nos pasó. Y que si lo entendiera, se acabaría la pena y todo esto quedaría atrás. A veces siento que lo entiendo, que lo entiendo perfectamente, pero igual duele.

Como el narrador de *Los llanos*, quien recurre a un analista busca un sentido que alivie el dolor. Si todo marcha lo suficientemente bien, eso sucederá, se producirá no tanto *un* sentido, sino sentidos. Fragmentarios, contradictorios, plurales, pero también curativos. La expectativa de alivio por el sentido no se ve totalmente defraudada. Pero hay un más allá, a media que se va transitando el duelo por el *happy end*: el encuentro con el sinsentido ineliminable. El límite de todo sentido.

Y a veces pienso que hay cosas que nunca se llegan a entender, que quedan ahí, flotando a nuestro alrededor, dispuestas a atacar en cualquier momento. Que la pena no se acaba, se aleja solo por unas horas, unos días, después toma por sorpresa, inunda, revuelca, que hay que aprender a vivir con eso.

Lo suscribiría como horizonte de un análisis: aprender a vivir con eso. Con el sinsentido, con lo irremediable, lo irreparable. Lo que no encaja. Como lo dice el narrador, cosas que nunca se van a llegar a entender, duelos que nunca terminan.

Un dibujo lleno de rayones, de tachaduras, de pasos en falso, de planes que se desarman, proyectos que se caen, personas amadas que dejan de amar, que dicen basta, andate, andate lejos.

Los llanos relata la mutación de un escritor. Aprender a “no pedirle a la escritura lo que la escritura no puede dar”. Resistir “la tentación de un mundo ordenado. La sensación de control que da narrar”.

Antes pensaba que había que tratar la escritura como a la arcilla. Ahora me pregunto si se podría escribir como se hace una huerta.

Con la arcilla, la armonía se logra por destreza y aplicando fuerza. Belleza implica imponer límites, usar músculos, cierta violencia, cierto gasto de energía. En la huerta, siempre hay algo naciendo y algo muriéndose. Si llega a haber armonía, es por pura contingencia, dura apenas un momento.

El libro mismo es la respuesta en acto a la pregunta que el narrador se plantea: “¿Cómo contar sin historia? ¿Sin ordenar? ¿Sin tratar de que tenga sentido?” Escribir el cuento perfecto era, para ese escritor que fue Fede antes de que Ciro los separara, la ilusión de conjurar el rechazo. Pánico de que el lector deje el libro, que piense que es malo. Ese rechazo tan temido, diría winnicottianamente, es el rechazo que ya acontecido, el que le hizo huir de su pueblo y que moldeó un vínculo que terminaría ahogando a Ciro.

Ese es siempre el único miedo, el rechazo. De mi padre, de mi familia, de mi pueblo. Ese es el dolor inenarrable: el rechazo de Ciro.

Dolor inenarrable que sin embargo todo el libro narra; aun cuando parece hablar de otra cosa, del cielo, de la llanura.

En la llanura nace un escritor nuevo, que escribe como trabajando una huerta, lidiando con la contingencia, arriesgándose a que algún lector deje el libro de lado, un escritor que encuentra un modo de contar sin historia, sin tratar de que tenga sentido. Entonces el sentido estalla en una profundidad nueva, porque es capaz de alojar la porción de sinsentido que nos absuelve de toda obediencia. “Ninguna palabra doma la pena. Ninguna palabra la espanta. Ninguna palabra la logra decir de verdad”. Ciertamente, ninguna palabra la dice, pero muchas logran, tal vez, medio decirla, y tanto más cuanto más se renuncia a explicar y a intentar encajar el relato en un todo coherente. Es el aprendizaje de Fede, es también el de cualquier analizante que haya llevado suficientemente lejos la experiencia del análisis. Alojar el sinsentido sin melancolía. La melancolía es la más feroz nostalgia de un sentido pleno. El sinsentido al que se abre Fede y al que conduce un análisis es la apertura a toda creatividad, a toda invención. “Simplemente contar y no tratar de entender en el medio”.

En el relato de Fede, Ciro es duro, por momentos cruel. Andate ya —le dice— no quiero más esto. “No te quedes esperando. No quiero volver con vos. No creo que más adelante quiera”. Ciro que no responde los mensajes desesperados de Fede. En la charla del bar le dice que cuando lo vio caído lo empujó al abismo. Todos matan lo que aman. Fede tiene la generosidad de darnos a entender (aunque a él le cueste tanto entenderlo) que Ciro es el que tiene razón. Le deja la última palabra. Ciro es brutal porque Fede no le dejó alternativa. En su aparente crueldad, Ciro es el partero que, al arrojarlo al abismo, provoca el grito del que nacerá una voz nueva, radicalmente humana en su desamparo.

